

CONFERENCIA XV

LOS MEDIOS DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. **Los medios de adquirir un gran nombre y el reconocimiento de la humanidad.**—Había en otro tiempo un anciano, dice una leyenda slava, que estaba á la sombra de un alerce. El sol quemaba como fuego. De repente percibió á lo lejos un fantasma que se le acercaba: era la peste envuelta en un sudario. Aterrado á su aspecto, quiso huir, pero el espectro le cogió con su larga mano. ¿Conoces á la peste? le dijo: soy yo. Tómame en hombros y llévame á todas partes; no dejes ni una ciudad, ni una aldea, pues debo visitarlas todas. Pero tú no temas; quedarás sano y salvo. Y se cogió á él con sus descarnados brazos.

El pobre viejo se dirigió primero á las ciudades donde reinaban los bailes y los gozosos cantos. Apenas llegaba, cuando el terrible fantasma comenzaba á agitar el sudario. Inmediatamente enmudecía el regocijo y cesaba el placer: en todas partes á donde el viejo dirigía los ojos, no veía más que tristeza. Sonaban lúgubrementemente las campanas, se ponían en marcha los convoyes fúnebres, los sepultureros no encontraban ya sitio y agotaban sus fuerzas: tan numerosos eran los cadáveres amontonados en las calles. El anciano seguía tembloroso su camino: en todos los pueblos por donde pasaba, palidecían los rostros, las casas quedaban vacías. Su corazón manaba sangre, porque se acercaba á la aldea en que moraban los suyos. Entonces cogió al fantasma con vigorosa mano para que no se le escapara, y se sumergió en el agua. Él se ahogó, pero no el

fantasma. Sin embargo, tanto valor aterró á éste, que huyó lejos á las montañas y á los bosques. ⁽¹⁾

Es una leyenda que, como tantas otras, no responde del todo á la realidad. Lo único verdadero en ella es que los hombres bailan y cantan, aunque pase la justicia de Dios, hasta que la muerte con su mano descarnada, los arranca de ese torbellino de placer. Pero es absolutamente contrario á la verdad que las casas se llenan de lamentos cuando el fantasma se aproxima, y que huyan las gentes: en la vida suceden las cosas de otra manera. Si espectros como el del viejo se aproximan á un lugar, evidentemente se vacía cada casa, todo se pone en movimiento; pero no como si quisieran huir de allí: antes bien va todo el pueblo á su encuentro hasta más allá de las puertas de la ciudad al son de las campanas, y entonando alegres cánticos. Se les prepara una entrada triunfal, se les erige estatuas de bronce en las plazas más hermosas, y todavía después de algunos siglos hablan de ellos con entusiasmo los historiadores. Son rigurosamente verdad las siguientes palabras del poeta: «Vencer en los combates, subyugar las naciones, llevarse los despojos de los pueblos asesinados, será considerado como la más alta de las glorias humanas. Los que lo hayan logrado serán llamados grandes conquistadores, protectores del género humano, dioses é hijos de dioses, cuando debieran ser calificados de destructores y de plagas de la humanidad. He ahí como se adquiere en la tierra el renombre y la gloria». ⁽¹⁾

Y tal como se juzga á los individuos, así deben ser juzgadas las sociedades. Siempre y en todas partes se ha considerado y se considera como grandes pueblos civilizados, como precursores de la civilización, á pueblos, que en su tiempo atropellaron la humanidad con sus carros de hierro, y la pisotearon: Nínive, Babilonia, Roma, para no citar ciudades modernas. Los hombres y las naciones, que no hacen sentir así su poder, difícilmente llegan á ad-

(1) Hanusch, *Der slavische Mythos*, 322 y sig.

(2) Milton, *Paradise lost*, XI, 692 y sig.

quirir un nombre respetado, y son muy pronto olvidados en la historia.

Todavía hay otro medio para conseguir fama. Quien invente un arte, una rama de la civilización, que ofrezcan una excitación á los sentidos, y una satisfacción á la sensualidad; quien predique con la palabra y con el ejemplo el principio tan halagüeño para el Humanismo, de que no hay para qué preocuparse por nada; ese puede estar seguro de ser aplaudido. Esto explica el que no se cansen de celebrar á los antiguos griegos, la veneración que sienten por la época del Renacimiento, las alabanzas que á tan poca costa y en tanta abundancia recoge la actual civilización del mundo.

Si, pues, alguien nos preguntara qué debe hacer para llegar con seguridad á ser algo, tendríamos que decirle: Conoces el proverbio de que la honradez es lo más seguro; pero si pretendes un avance rápido, no debo callarte que no son precisamente la rectitud y la verdad las que te ayudarán; si, pues, como los servidores del mundo, no quieres tener consideración ninguna á tu porvenir y á la eternidad, si quieres lograr tu dicha lo más fácilmente posible, emplea la violencia ó la adulación; puedes, por lo tanto, elegir. Lo primero es algo penoso; exige un gran poder y una independencia mayor aún. Si no te sientes con valor para hacer tuyo el principio de Filipo el Macedonio: «Quien mata al padre no debe dejar vivo al hijo», ⁽¹⁾ si no quieres hacer como su almirante Dicearco, quien, donde quiera que llegaba, erigía altares á la injusticia y á la impiedad, y cometía luego tales atrocidades, que se jactaba de hacer temblar no solo á los hombres, sino á los dioses mismos; ⁽²⁾ si no puedes, como Napoleón, considerar y ordenar á sangre fría una ejecución y un asesinato como sangría bienhechora; si, repetimos, ese medio te espanta, necesitas servirte del segundo. Este es más seguro desde todos los puntos de vista. Un hombre que se conquistó el

(1) Polyb., 24, 8, 10.

(2) *Id.*, 18, 37, 9, 10.

título de grande con menosprecio de todas las consideraciones, Filipo II de Macedonia, el padre de Alejandro, confesó que había conseguido más con el oro que con la fuerza, ⁽¹⁾ y prefirió alcanzar sus fines amistosamente, procurando que sus adversarios cediesen por medio de complacencias, promesas, invitaciones, fiestas, teatros, goces sensuales y adulaciones. ⁽²⁾ En resumen, el segundo medio es más fácil que el primero, y lleva con más seguridad á conquistar la gloria y el reconocimiento de la humanidad. Ten, pues, valor, y marcha audazmente por uno de esos caminos. Dirige al mundo con la palabra hablada ó escrita, con obras de ciencia y de poesía, y puedes estar seguro de que serás aplaudido por todos, y colocado entre los grandes hombres, los príncipes del espíritu de tu época.

2. El principio de que el fin santifica los medios, como principio del Humanismo.—Inútil será advertir que no damos en serio ese consejo; pero lo que no necesita pruebas tampoco, es que el mundo procede conforme á él.

Si se quiere mantener la justicia en vasta escala, no hay que reparar en pequeñas injusticias, decía Jason de Feres. ⁽³⁾ No sabemos cuantas veces habrá practicado la justicia conforme á esa máxima: lo que sí sabemos es que así logró ser tirano de Tesalia. Verdad es que al fin murió asesinado, pero había conseguido el único objeto en que soñó toda su vida: ser el primero entre los suyos.

César tuvo exactamente los mismos sentimientos, el mismo éxito y el mismo fin. Siempre tenía en los labios las vergonzosas palabras de Eteocles en las *Fenicias* de Eurípides: ⁽⁴⁾ «No retrocedas ante ningún crimen, pero comételes únicamente para alcanzar el poder; en otro caso, practica la virtud, con lo que te espera muy escasa recompensa». ⁽⁵⁾

(1) Polyb., 16, 53, 3; 54, 4.

(2) *Id.*, 16, 55, 1 y sig.

(3) Aristót., *Rhetor.*, 1, 12, 31. Plutarco, *Præcepta gerendæ reipub.*, 24, 1; *De sanitate præcepta*, 24.

(4) Sueton., *Cæsar*, 30. Cicerón, *Offic.*, 3, 21, 82.

(5) Euripid., *Phœniss.*, 524 y sig.

No sin razón se refería César á Eurípides, que es precisamente el Maquiavelo de la antigüedad, y muestra predilección especial por la máxima que acabamos de citar. También hace á Ixión decir: «Si quieres ser feliz, toma de una persona honrada el nombre, y la conducta de un pillo». ⁽¹⁾

Aun era más radical la opinión de los estoicos. Según ellos, ⁽²⁾ el mal es absolutamente necesario á la belleza y á la existencia del mundo; pero Carneades, ese charlatán sin conciencia, que siempre hallamos en primera fila cuando se trata de un audaz ataque contra la moral, hizo también cuanto de su parte estuvo en esa cuestión, y procuró persuadir á los romanos de que la justicia no puede menos de ser funesta en la vida pública, social y civil. Según él, únicamente la injusticia cuenta con probabilidades de buen éxito en la tierra, y de convertir á ésta en una mansión de felicidad. ⁽³⁾

Tal era la situación cuando apareció el Cristianismo, y ¡es muy extraño! esos espíritus, que públicamente se alababan, y se manifestaban orgullosos de la máxima de que se debe hacer el mal para que resulte el bien; esas inteligencias que consideraban como débil é insensato al que perdía un buen resultado por escrúpulos de conciencia, y prefería lo honrado á lo útil; que creían no poder realizar ningún progreso, ningún fin civilizador sin romper las trabas de la ley moral: esos mismos no pueden aducir contra la combatida religión nueva acusación más grave, que la de atribuirle la doctrina de que un buen fin santifica los medios. Por más que San Pablo se defendió de esa acusación ⁽⁴⁾ como de una invención blasfematoria, no dejaron nunca de hacerla sus adversarios.

Procediendo así, no habían renunciado á su antigua máxima, pues para eso les hubiera sido necesario renunciar más

(1) Euripid., *Frag.*, 425 Plutarco, *Audiend. poet.*, 4.

(2) Plutarco, *Commun. notitiæ adv. Stoicos*, 13, 15.

(3) Lactanc., *Institut.*, 5, 16.

(4) Rom., III, 8.

bien á sí mismos. Era la táctica antigua, pero siempre nueva, de atribuir al adversario lo mismo que se practica, para separar la atención de su propia manera de obrar cuando es condenable. Sí, el mundo seguirá siempre esa regla. Sin embargo, el Cristianismo tuvo tanta influencia en el mundo, que sus enemigos no se atrevieron por mucho tiempo á decir eso en público, como línea de conducta que se debiera seguir, aunque la practicaban con bastante frecuencia en la vida.

Sólo cuando levantó la cabeza el neopaganismo, en los días del Renacimiento, del Humanismo, reapareció esa doctrina en todas partes; desde entonces fué tratada en la nueva literatura como una de las bases fundamentales de la civilización moderna, por lo menos respecto á la vida pública. Difícil sería encontrar un principio, que haya sido expresado con más frecuencia y con más franqueza por sus más conspicuos representantes, y que haya sido considerado como más natural y más innegable.

3. Maquiavelo.—Fué Maquiavelo quien sirvió de padrino á esa doctrina cuando se la acogió de nuevo en la literatura, por lo cual se le dió su nombre. Es para todos evidente, dijo, que en la sociedad, lo mismo que en la familia y en las relaciones más íntimas, es más honroso tener palabra y una vida irreprochable; por el contrario, enseña la experiencia que, en la vida pública, llevan á cabo los más ilustres hechos precisamente aquellos que se sirven de los hombres por astucia ó por violencia. ⁽¹⁾ En la vida pública, no es necesario ser bueno y conducirse bien; hasta es perjudicial: únicamente exige la prudencia hacerse hipócrita, y disimular para guardar exteriormente la apariencia del bien. ⁽²⁾ Querer siempre obrar bien, sería exponerse á perecer; por lo tanto, es necesario procurar no ser bueno cuando las circunstancias así lo reclamen; ⁽³⁾ hay que ser medio hombre, medio animal, unas veces zo-

(1) Machiavelli, *Il Principe* (Francoforte, 1852), 18, 108.

(2) *Ibid.*, 18, 111.

(3) *Ibid.*, 15, 95.

ro, otras león. Los que tienen mejor éxito son los que saben hacer mejor de zorro; ⁽¹⁾ pero con todo eso es necesario evitar prudentemente la infamia de los vicios. ⁽²⁾ Si los hombres fuesen buenos, tales principios serían sin duda malos; pero los hombres son muy astutos, y por eso no hace falta tener palabra con ellos; ⁽³⁾ son tan estúpidos, que sólo obedecen á la necesidad y á la violencia, y el engañador encuentra siempre quienes se dejen fácilmente engañar. ⁽⁴⁾ La única medida de precaución que no se debe jamás perder de vista, es atender la dirección del viento; ⁽⁵⁾ procure el príncipe siempre tener buen éxito, pues el vulgo no juzga más que por las apariencias y el resultado de los acontecimientos, y el mundo no se compone más que de vulgo. ⁽⁶⁾

4. Sus imitadores.—Difícil es decir, aunque sea fácil de comprender, qué entusiasmo y qué sed de imitación produjeron en el mundo esas opiniones; si quisiéramos consultar los autores de los últimos siglos, que las repiten de muy varias maneras, ⁽⁷⁾ desde Charron, ⁽⁸⁾ Bolingbroke, ⁽⁹⁾ Hume, ⁽¹⁰⁾ hasta Fourier, ⁽¹¹⁾ Biefeld, ⁽¹²⁾ Gerbel ⁽¹³⁾ y Lecky, ⁽¹⁴⁾ necesitaríamos hacer un trabajo largo é ingrato y sería siempre la misma cantilena: el fin santifica los medios; hay que hacer el mal á fin de que resulte el bien.

Naturalmente ninguno de estos autores deja de añadir

(1) Machiavelli, *Il principe*, 18, 109.

(2) *Ibid.*, 5, 96.

(3) *Ibid.*, 18, 110.

(4) *Ibid.*

(5) *Ibid.*, 18, 111.

(6) E nel mondo non è se non vulgo (*ib.*, 18, 112).

(7) Mohl, *Geschichte und Literatur der Staatswissenschaften*, III, 521-591.

(8) Vorländer, *Gesch. der philos. Moral bei den Engländern und Franzosen*, 215.

(9) *Ibid.*, 440 y sig.

(10) *Ibid.*, 483.

(11) Jul. Schmidt, *Gesch. der franz. Literatur seit der Revolution*, (1858), I, 585.

(12) Ap. Stein, *Pathol. Moralprincipien*, 293.

(13) *Ibid.*, 101.

(14) Lecky, *Sittengeschichte Europas*, I, 52, 102.

expresamente, por precaución, que dicho principio no debe ser aplicado por el individuo para alcanzar sus fines personales; se permite que hagan amplio uso de él los escritores, los sabios, y muy especialmente los artistas; pero á quien se concede el privilegio especial de obrar conforme á él, y hasta se le considera como una especie de deber, es al hombre de Estado.

Bluntschli dice que es necesario no confundir esto con el pretendido modo de proceder de los Jesuítas. Éstos, ó mejor, todos los cristianos enseñan con San Pablo que los malos medios son siempre condenables y corrompen los buenos fines; que un mal fin daña igualmente los mejores medios, y que éstos, aun siendo lícitos, necesitan para ser buenos que el fin lo sea también: no obstante eso, afirma Bluntschli—poco importa que sea por error ó por malicia—que aquéllos permiten también al individuo hacer el mal para que resulte un bien. En eso consistiría su primer defecto; el segundo y más importante consistiría en permitir eso sin preocuparse de si en la realización del fin que se proponen puede haber ó no esperanza de buen éxito. Pero la ciencia política se distingue ventajosamente del jesuitismo en que jamás aprueba un mal medio, si no es proporcionado al fin—es decir, cuando no hace esperar un buen resultado—y esto únicamente cuando el fin moral prevalece; ⁽⁴⁾ por consiguiente, sólo en cosas de importancia.

Para hablar con claridad, la política, á lo menos según Bluntschli, procede como el vulgo de Maquiavelo. Si los proyectos tienen buen resultado, se canoniza al autor; si fracasan, se dice que era una locura proceder así, pues, como es sabido, en el mundo es el mayor de los pecados.

Injusto sería atribuir la responsabilidad de estas doctrinas únicamente á los hombres de Estado y á los juriconsultos; no son otra cosa que la aplicación estricta y clara de los principios admitidos desde hacía mucho en la filosofía.

(1) Bluntschli, *Staatswörterbuch*, VIII, 124.

La marcha de la historia universal, dice Hegel, nada tiene que ver con la virtud y la justicia. ⁽¹⁾ La compasión, la humanidad, y otros sentimientos análogos son, al decir de Spinoza, malos é irracionales en la vida ordinaria; si no perjudican más de lo que en realidad lo hacen, es únicamente porque la insipiente predomina en la vida. ⁽²⁾ Tiene esto naturalmente aun más aplicación en las relaciones públicas. Las virtudes morales, según Montesquieu, son la causa de muchas desdichas políticas; por el contrario, los vicios morales producen frecuentemente la felicidad de la vida pública. ⁽³⁾ Un buen cristiano, dice Bayle, ⁽⁴⁾ con su fina burla, que Rousseau repite con mayor malicia, ⁽⁵⁾ será siempre un mal ciudadano; siempre será excesivamente moderado, frío, lleno de miramientos. Influidó por el temor de perjudicar á los demás, no admitirá la astucia y la perfidia en la guerra, ni en la paz la venganza de las ofensas recibidas; y de ese modo se encontrará siempre en un estado de inferioridad. Un mal cristiano, por el contrario, será un ciudadano tanto mejor, cuanto que se dejará emplear en cosas á las cuales no querría prestarse un hombre honrado. El orden de este mundo es tal, que necesita vicios para mantenerse, dice Montaigne; negarse á prestar el apoyo de la palabra al engaño, sería tanto como no comprender las cosas humanas; sin embargo, aquél prestó los mayores servicios, y los más de los hombres del engaño viven. ⁽⁶⁾

Si filósofos, si hombres que esperan se tome en serio lo que dicen y se les juzgue en su justo valor; si autores afamados hablan así, no hay que asombrarse de encontrar en la literatura popular tantas doctrinas chocantes. Bien sabemos que hay muchos, ávidos de aprovecharla para poner

(1) Hegel, *Philosoph. des Rechts*, § 345 (*G. W.*, 1840, VIII, 425).

(2) Spinoza, *Ethica* 4, *prop.* 54; cf. 3, *prop.* 27.

(3) Montesquieu, *Esprit des lois*, 19, 9, 10.

(4) Bayle, *Continuat. des pensées*, 122-124. Vorländer, *loc. cit.*, 580 y sig., 577 y sig.

(5) Rousseau, *Contrat Social*, 4, 8.

(6) Montaigne, *Essais*, 3, 1, 9. Vorländer, *loc. cit.*, 169 y sig., 172 y sig.